

ticulo de los ángeles, y pretenden que no debe hacerse de él más caso que de las leyendas ó fábulas en que se narran hazañas maravillosas de genios y de adivinos. Son tan espiritualistas, que les repugna admitir que Dios haya colocado los ángeles en otra parte que en nuestros calenturientos cerebros. A fin de desengañar á tales adversarios, y también, señores, para daros á conocer mejor la perfección de la obra divina, emprendo hoy con vosotros un viaje de exploración al mundo invisible. Si os dignáis seguirme, estableceremos primeramente la existencia de ese mundo invisible, y después estudiaremos la naturaleza y las funciones de los espíritus que allí habitan. Nuestro orgullo se resentirá, tal vez, de ver sobre sí unas criaturas que exceden á nuestra nobleza, pero no tendrá motivo para ello: porque apoyados en ellas, por el hecho mismo de nuestra naturaleza, y amparados con su protección, nos sentiremos menos aislados en las alturas de la creación, desde donde dominamos los reinos inferiores.

Y ahora al principio de esta psicología divina y divina, como se llama, se dice: "Et sic est de natura angelorum et de eorum ministerio."

Es preciso no confundir, señores, lo invisible con lo desconocido. Si no conociésemos más que las cosas visibles, la ciencia humana se reduciría á muy poca cosa. Un sér invisible puede ser conocido de tres maneras: por una afirmación digna de fe, por las manifestaciones de su poder, y por una inducción racional, que averigua y determina el lugar que le corresponde en el conjunto de las existencias: y de estas tres maneras conocemos nosotros á los ángeles.

La Escritura no nos refiere su génesis. Moisés, dice Santo Tomás, temía que su pueblo, ignorante y mal acondicionado, aprovechase la menor ocasión para imitar, según sus tendencias, á los gentiles en sus prácticas idolátricas (1). No obstante, sabemos por las

(1) Augustinus dicit quod angeli non sunt prætermissi in illa prima rerum creatione, sed significantur nomine coeli, aut etiam

preguntas que el Señor dirigió al santo Job, que los ángeles existían antes que nosotros. Hijos predilectos del Altísimo, se alegraban en su presencia, mientras que los astros de la mañana alababan á su Hacedor (1). Contemplaban las obras del Todopoderoso, y esperaban, para saludarle fraternalmente, el nacimiento del sér maravilloso que debía ocupar el centro de la creación, y unir en su persona los dos elementos de que está compuesto el universo: la materia y el espíritu. Hermanos de la humanidad por la inteligencia, no podían serle enteramente extraños. Dios debía dárnoslos á conocer; y por eso los historiadores, poetas, profetas y doctores sagrados nos hablan de ellos, dice San Gregorio, casi en cada página de sus escritos (2). En virtud de este múltiple testimonio, la Iglesia cree firmemente y confiesa en alta voz la existencia de un mundo invisible, poblado de naturalezas espirituales (3). En esto no hace más que seguir la tradición universal que, por más que se remonte en la vida religiosa de los pueblos, nos muestra siempre á la Divinidad destinando al gobierno de las criaturas inferiores un ejército de seres intermedios y siempre en acción, ya se llamen *semidioses*, *genios*, *demonios*, *rubdóforos*, *rectores celestes*, *almas sidéreas*, *luces vivientes*, *eos*, *cabires*, ó de cualquiera otra suerte. Estos nombres diversos designan siempre y en todas partes los mismos

lucis. Ideo autem vel prætermissi sunt vel nominibus rerum corporalium significant: quia Moyses rudi populo loquebatur, qui nondum capere poterat incorporam naturam. Et si eis fuisset expressum aliquis res esse super omnem naturam corpoream, fuisset eis occasio idololatriæ, ad quam proni erant, et á qua Moyses eos præcipue revocare intendebat. (*Summa Theol.*, I. p., q. 61, art. 1 ad 1.^m)

(1) Ubi eras... cum me laudarent simul astra matutina, et jubilarent omnes filii Dei? (Job., xxxviii, 7.)

(2) Angelos et archangelos pene omnes sacri eloquii pagine testantur. (S. Greg. Magn., *Homil.* 34, in *Evang.*)

(3) Firmiter credimus quod Deus ab initio temporis simul utramque de nihilo condidit creaturam, spirituales et corporales, angelicam videlicet et mundanam, et deinde humanam, quasi communem ex spiritu et corpore constitutam. (Concil. Lateran. sub Innoc. III, cap. *Firmiter*.)

seres: spiritus invisibles, inferiores á Dios, superiores al hombre, ángeles.

Orfeo los ha celebrado en sus versos; Hesiodo nos refiere sus grandes hazafias; Thales, Pitágoras, y los antiguos sabios los colocan en el vestibulo del mundo divino, donde viven exentos de los males que á nosotros nos aquejan; Platón llena con ellos los espacios, los llama dioses secundarios, inteligencias separadas, almas celestes, genios, y verdaderos ministros de la Divinidad en el mundo inferior (1); Sócrates, su maestro, conversa familiarmente con uno de ellos; Aristóteles los considera como centros de atracción y como los motores de los orbes celestes (2); los orientales los adoran, los bárbaros y los salvajes temen su poder. Son invisibles, y no obstante, en todas partes son populares. Su nombre se encuentra á cada paso en nuestro lenguaje, para expresar la perfección, la gracia y la delicadeza; así decimos: una belleza de ángel, una pureza de ángel y amor de ángel. Si tratáis de persuadir á una madre de que el niño que mece en sus brazos no se asemeja á los ángeles, ó aquel á quien llora no ha ido á juntarse con sus celestiales compañeros; y vosotros mismos, señores, si tratáis de desprenderos del ideal angélico que os persigue cuando contempláis á vuestros tiernos niños, no lo podréis conseguir jamás; y tal vez á pesar vuestro, creéis en los ángeles, como creemos nosotros y creen todos los pueblos. Podemos decir aquí oportunamente con un autor sensato: «Hay, pues, alguien que tiene más talento que los sabios obstinados en no creer sino lo que ven; y este alguien es todo el mundo.»

(1) Plato inter nos et summum Deum quatuor ordines ponat, scilicet: deorum secundorum, intellectuum separatorum, animarum celestium, et daemonum, sive bonorum, sive malorum. (S. Thom., opus. xiv de Angelis, cap. 1.)

(2) Secundum Aristotelis positionem inter nos et summum Deum non ponitur nisi duplex ordo intellectualium substantiarum, scilicet, substantie separate que sunt fines motuum celestium corporum et anime orbium que sunt moventes per appetitum et desiderium. (Cap. II, ibid.)

¿De dónde procede, señores, esta fe de todo el mundo? ¿De una revelación primitiva, por la cual Dios ha descubierto al primer hombre toda la extensión de su obra? No lo dudo; pero hay más aún. La universal y perpetua creencia de los pueblos supone una larga serie de fenómenos exteriores, por los cuales se ha manifestado el mundo invisible. Dejemos á un lado las leyendas y recorramos nuestra historia sagrada, que es bastante rica para instruirnos sobre un punto tan importante.

Moisés ha guardado silencio sobre la creación de los ángeles, y Santo Tomás acaba de darnos la razón de su silencio; pero cuando se trata de las manifestaciones del mundo invisible, el historiador sagrado quiere ser fiel á su deber de narrador de todos los sucesos notables que se han realizado en la humanidad. Describe con un candor admirable las apariciones é intervenciones de los espíritus angélicos, desde el día funesto en que vió salir al hombre prevaricador al lugar de su destierro, hasta el día glorioso en que pudo contemplar, desde la cima de la montaña, la patria prometida á su pueblo. He ahí el querubín, cuya espada de fuego se agita y defiende contra toda agresión la puerta del paraíso perdido (1). He ahí á los tres huéspedes misteriosos que reciben bajo la tienda del patriarca Abraham una generosa hospitalidad, y que prometen á Sara, su esposa, el hijo de su vejez, en nombre de Aquel para quien son fáciles todas las maravillas (2). He ahí á los dos ministros de la venganza divina que entran por la tarde en la infame Sodoma, salvan á Lot y á su familia, y á una seña hacen caer torrentes de llamas sobre la ciudad criminal, condenada por la ira del Señor (3). He ahí al consolador celestial que conforta en el desierto á la desconsolada Agar, y le revela los destinos de su hijo Ismael (4). He

(1) Génes., cap. III, 25.

(2) Ibid., cap. XVIII.

(3) Ibid., cap. XIX.

(4) Ibid., cap. XXI.

ahí al mensajero salvador que detiene el brazo de Abraham levantado para inmolarse a su hijo (1). He ahí a las falanges sagradas que suben y bajan por la escala misteriosa, con las manos llenas de oraciones y de gracias (2). He ahí a los fuertes que protegen a Jacob contra la ira de su hermano Esaú (3). La vida de los Patriarcas es una peregrinación continua, y los ángeles son sus exploradores y conductores; es una conversación con el cielo, en la cual los ángeles desempeñan el oficio sagrado de embajadores, haciendo entre los dos extremos las veces de la Divinidad, según la expresión de Santo Tomás: *Sustinentes personam Dei*.

Cuando Israel, convertido ya en un gran pueblo, huye de la tierra de Egipto, un ángel le va mostrando el camino; va y viene sin cesar de la vanguardia a la retaguardia del ejército, para vigilar y proteger su marcha. El es quien conduce a la nación elegida al lugar que le está prometido, y a la cual ésta debe honrar y escuchar, porque el Señor le ha dado su nombre (4). El Sinaí está ardiendo; la gloria de Jehová ha descendido sobre su cima estremecida; el Señor habla, y los ángeles escriben bajo su dictado la ley santa que en lo sucesivo regulará la vida religiosa de Israel (5).

Muerto Moisés, recoge Josué su herencia, y se pone desde luego en relación con los espíritus celestes. En las llanuras de Gálgala se le aparece un hombre, y le muestra su espada desenvainada. «¿Quién eres? le dice Josué: ¿amigo ó enemigo?—Amigo, responde el ángel; yo soy el príncipe del ejército del Señor; vengo a tí para ayudarte» (6). Más tarde es también un ángel el que revela a Gedeón su misión de libertador (7). Un ángel anuncia el nacimiento y el destino de Sansón (8). Un

(1) Génes., cap. xxii.

(2) *Ibid.*, cap. xxviii.

(3) *Ibid.*, cap. xxxiii.

(4) *Exod.*, cap. xiv, 19; cap. xxxii, 20-23.

(5) Cf. *Exod.*, cap. xx, con Heb., caps. i y ii.

(6) Josué, cap. v, 13-14.

(7) *Judic.*, cap. vi.

(8) *Ibid.*, cap. xiii.

ángel sustenta en el desierto al profeta Elias (1); los ángeles de Samaria, luchando contra los sirios, son los que Eliseo muestra a su criado (2); un ángel es el que hierde de noche al ejército de Sennacherib, cubre el campo de cadáveres, y pone a los asirios en vergonzosa fuga (3); un serafín es el que purifica los labios de Isaías (4); el arcángel San Rafael es el que visita la casa de Tobias, conduce su hijo a la región de los medos, bendice sus bodas, y le devuelve sano y salvo a los brazos de sus ancianos padres (5); el arcángel Gabriel es el que desciende, al tiempo del sacrificio vespertino, junto al profeta Daniel, y le revela los grandes misterios del Altísimo (6). Visitado por los ángeles, en la persona de sus padres, de sus jefes y de sus Profetas, conducido por los ángeles, instruido por los ángeles, reprendido por los ángeles, protegido por los ángeles que inclinan a su favor el corazón de los Reyes (7), el pueblo judío vuelve a sus hogares después de setenta años de cautiverio. Sus guardas permanecerán al lado de él hasta el día de su gran crimen. Entonces, la abominación de la desolación invadirá el templo santo, y se oirán voces plañideras que clamarán: «¡Salgamos de aquí, salgamos de aquí!» Abandonado de los ángeles, Israel dejará ya de formar un pueblo.

Los mensajeros de Dios, empero, no dejarán la tierra; un ministerio más santo que el que han llenado hasta aquí, los detiene en ella todavía. Los tiempos que habéis anunciado, han llegado ya. Descendió, Gabriel, é id a anunciar a Zacarías el nacimiento del Precursor, y a la Virgen que ha de concebir, el nacimiento de Emmanuel (8). Escuadrones esclarecidos de la milicia celestial, rodead el pesebre donde reposa el divino

(1) *III Reg.*, cap. xix, 5-7.

(2) *IV Ibid.*, cap. vi, 16-7.

(3) *IV Ibid.*, cap. xix.

(4) *Isai.*, cap. vi, 6.

(5) Tobias.

(6) Daniel, cap. viii, 16 y sigs.

(7) *Ibid.*, cap. x.

(8) Luc., i.

Niño, derramaos por las llanuras de Belén y entonad: «Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad. He ahí una gran nueva y un gran gozo; os ha nacido hoy un Salvador» (1).— Ministros del Altísimo, postraos ante su Hijo, formad la guardia alrededor de esta Majestad anonadada, protegédla contra la persecución de Herodes y contra las emboscadas de vuestros hermanos caídos; volad al desierto, acercaos á vuestro Señor y servidle (2). Si le veis anegado en la tristeza y agonía de muerte, sostened su cabeza desfallecida y confortadle (3). Pero ya que no quiere de vosotros legiones santas para librarse de las manos de sus enemigos, sed á lo menos los ayudantes y los heraldos de su triunfo; quitad la piedra del sepulcro que tiene cautivos sus despojos mortales; celebrad su victoria sobre la muerte, y decid á todos los que le han amado: *Surrexit Dominus vere*. «El Señor verdaderamente ha resucitado» (4).

El Señor ha resucitado y subido á los cielos.—¿Se habrá llevado consigo á los ángeles?—No, señores. Los vemos consolar á los Apóstoles (5), visitar á San Pedro en su prisión, y librarle de las cadenas (6); tomar á San Felipe, y llevarle adonde lo espera un neófito para recibir el bautismo (7); anunciar al centurión Cornelio que sus oraciones y sus limosnas han hallado gracia delante del Señor, y que es llegada para él la hora de su salud (8); confortar al gran Pablo en medio de una tempestad (9), y recrear con visiones admirables al discípulo desterrado en Pathmos (10).

No creáis que estas visiones son las últimas mani-

- (1) Luc., II.
- (2) Matth., II y IV.
- (3) Luc., XXII, 43.
- (4) Los cuatro Evangelistas.
- (5) Act., I.
- (6) Ibid., V, 12.
- (7) Ibid., VIII.
- (8) Ibid., X.
- (9) Ibid., XXVII, 23-24.
- (10) Apoc., passim.

festaciones del mundo invisible; los ángeles han establecido su domicilio en la Iglesia. Los desiertos y las montañas, los claustros y los campos de batalla, han sido muchas veces honrados con sus gloriosas y benéficas apariciones. Muchos Santos han gozado de su amable familiaridad, y no pocas veces los pueblos cristianos han experimentado los efectos de su poderosa protección. La Iglesia narra en sus anales estas maravillas, y las canta en sus himnos. Esto dura desde hace dieciocho siglos, señores, y durará hasta el pavoroso drama del fin de los tiempos. Entonces la pálida muerte vendrá á recoger lo que reste de la humanidad, y los espíritus celestiales despertarán con sus clamores á los que duermen en el sepulcro, y un ángel abrirá las puertas del abismo para encerrar allí á los réprobos, y exclamará: *Factum est*, todo está consumado. Entonces los escogidos de Dios se confundirán con las santas falanges, según el puesto que cada cual haya merecido; y desde entonces la duración angélica y la duración humana terminarán en un eterno *alleluia*.

Vosotros no os ocupáis en vuestras historias sino de la epopeya humana, y no obráis bien, señores, porque la epopeya angélica se desarrolla al mismo tiempo que la nuestra; las relaciones del mundo visible y del mundo invisible son tan estrechas, que llegará un día en que las dos constituirán un solo mundo. Esta unión, manifestada en todas las edades por apariciones y beneficios, es una de las más sólidas razones de nuestra creencia, según la doctrina de la Iglesia.

Se ha dicho que el mundo angélico es una creación relativamente moderna de la imaginación humana. «El hombre, que todo lo hace á su imagen, no podía dejar el mundo privado de inteligencias superiores. Viendo en todas partes que la naturaleza se mueve con orden, ocurriósele la idea de animarla; y el mundo se convirtió para él en una mezcla inexplicable y misteriosa de una infinidad de agentes é inteligencias diversas. Más tarde, reflexionando sobre sí mismo, y hallándose bueno y malo juntamente, atribuyó esta contrariedad á los agentes que había inventado: de aquí

los genios buenos y malos; de aquí el mundo dividido en dos órdenes de agentes absolutamente contrarios é iguales. Pero no pudiendo sufrir el examen de la razón este dualismo contradictorio, el hombre llega finalmente á la idea de agentes subalternos y administradores, delegados los unos y los otros de un Dios creador y de soberana inteligencia» (1).

Esta teoría pneumatogénica no carece de cierta habilidad; pero, desgraciadamente para su inventor, y felizmente para nosotros, está en oposición directa con los hechos. La idea es tan antigua como el mundo, y la vemos, desde el origen de los tiempos, apoyada en fenómenos confirmados por la experiencia. Hay más, señores; la existencia del mundo invisible no es uno de esos misterios impenetrables que condenan nuestra inteligencia á una muda adoración. A esta pregunta, si hay ángeles, no nos basta responder con un filósofo moderno, cuyas tendencias místicas le han conducido muchas veces hasta el vestíbulo de nuestros dogmas: *Yo lo creo y lo espero* (2), sino que respondemos resueltamente: «Yo estoy cierto.» En efecto, una inducción racional nos muestra en lo invisible una prolongación necesaria del mundo visible.

Lo que Dios principalmente se ha propuesto al crear, dice Santo Tomás, es el bien, que consiste en la semejanza del efecto á su Causa suprema. Cuanto la semejanza es más perfecta, tanto es la obra de Dios más digna de su poder, de su sabiduría y de su bondad. Mas ¿en qué consiste la perfección de la semejanza? ¿En una imitación grosera y lejana del sér y de la vida de Dios, tal como la vemos en las sustancias corpóreas y seres orgánicos? No, señores. Nuestra razón se resiste á admitir un mundo en que no existe sino la materia, por más perfectamente ordenada y organizada que se la suponga: un mundo eternamente inconsciente de su existencia y de su vida; eternamente condenado á la ignorancia de su origen y de

(1) *Encyclopédie des gens du monde*, art. *Demons*.

(2) Jean Reynaud: *Terre et ciel*.

sus destinos; eternamente incapaz de gozar del bien que ha recibido de su Autor, y de referir este bien á su principio; espectáculo sin testigo, juguete inútil, despreciable é indigno de Aquel á quien hace infinitamente feliz la contemplación de su propia bondad. La asimilación perfecta de la criatura al Criador no se consigue sino por la imitación de la virtud productiva de Dios. La luz produce los colores; pero un cuerpo no se asemeja perfectamente á la luz sino cuando él ilumina también: el calor dilata el hierro, pero el hierro no se asemeja perfectamente al calor, sino cuando él calienta también. Así, señores, Dios produce el sér y la vida; pero una criatura no se asemeja perfectamente á Dios sino cuando lo imita en aquello con que Dios produce. Ahora bien: Dios produce por el entendimiento y la voluntad; luego deben hallarse necesariamente en el universo espíritus dotados de entendimiento y voluntad, sin los cuales el universo, impotente para representar su causa, debería suprimirse, puesto que en realidad no sirve para nada (1).

Pero hénos aquí á nosotros, señores, que siendo imágenes vivientes de nuestro Criador, representamos en nuestras potencias la perfección de las facultades por las cuales El obra, y su purísima sustancia en la sustancia inmaterial de nuestra alma. El mundo deja de ser un espectáculo sin testigo desde el momento en que estamos aquí para contemplar sus bellezas, y un juguete inútil desde el momento en que respondemos á la bondad del Criador por medio de un libre homenaje de todo nuestro sér. La asimilación perfecta del

(1) Respondeo dicendum, quod necesse est ponere aliquas creaturas incorporeas. Id enim, quod precipue in rebus creatis Deus intendit, est bonum quod consistit in assimilatione ad Deum. Perfecta autem assimilatio effectus ad causam attenditur, quando effectus imitatur causam secundum illud, per quod causa producit effectum, sicut calidum facit calidum. Deus autem creaturam producit per intellectum et voluntatem, ut supra ostensum est. Unde ad perfectionem universi requiritur, quod sint aliquae creature intellectuales. (*Summa Theol.*, I p., q. 50, art. 1.)

efecto con su causa suprema es evidente: el hombre es el coronamiento del universo. Del universo inferior, sí, señores, mas no de la obra entera mediante la cual manifiesta Dios fuera de sí su sér y su perfección. Luego estudiaremos la naturaleza humana en sus elementos, en su belleza, en su grandeza, en su gloria divina; y esto será para nosotros el tema de una ferviente acción de gracias. Por ahora, dirigid sólo una mirada sobre el vacío inmenso que separa el mundo visible del mundo divino. La gradación de los seres es perfecta, si seguimos su movimiento ascendente, de un reino á otro, hasta llegar á esa síntesis animada que se llama la naturaleza humana; pero la naturaleza humana está al borde de un abismo que es preciso llenar para acercarnos al infinito. El hombre, aunque es espíritu, no tiene, sin embargo, su plenitud de sér sino en la composición; necesita de la materia para existir, para obrar y para conseguir su perfección intelectual y moral. Como es engendrado mediante un germen y un acto materiales, por eso sus sentidos necesitan de la materia para extraer las formas sensibles que su actividad intelectual convierte en ideas, y llega á ser virtuoso regulando los apetitos de la materia por medio de aspiraciones inmateriales. De lo cual debemos concluir que, si el hombre es grande cuando se le compara con las realidades inferiores, es pequeño si le comparamos con las criaturas superiores. Mas es imposible que esta pequeñez sea la última palabra de la creación. Cuanto más le considero, tanto más obligado me veo á decir con Santo Tomás: «La imperfección en un género supone la existencia de otro más perfecto» (1). Pero me diréis: «Dios es la perfección misma.— Ya lo sé; mas El es increado, y yo busco en lo creado la perfección que me falta. ¿Dónde se halla ésta, sino en los abismos en cuyos bordes me encuentro?» No, no; esos abismos no quedarán vacíos. Las consecuencias lógicas del acto creador me inducen á

(1) In quocumque autem genere invenitur... Et has dicimus angelos. (*Summa Theol.*, I p., q. 51, art. 1.)

poblarlos de inteligencias perfectamente semejantes á la Inteligencia suprema; de espíritus puros é independientes que hallan su plenitud en la simplicidad, y no necesitan, como yo, de la materia para existir, obrar y perfeccionarse; de espíritus que se conocen en sí mismos, mientras que yo me conozco por los actos de mis potencias; de espíritus que conocen por medio de ideas infusas, mientras que yo necesito adquirir las por los sentidos; de espíritus en los cuales se conoce á Dios mejor que en la unión de los dos elementos de que se compone mi naturaleza (1). Venid, ángeles santos, venid, que mi razón os reclama; llenad con millares de millares el vacío inmenso que poco ha me desvanecía; estableced el equilibrio numérico de las naturalezas creadas; continuad la gradación de los seres, terminada harto bruscamente por el compuesto humano; penetradnos con vuestras purísimas influencias, como nosotros mismos penetramos la materia con nuestro pensamiento y con nuestra fuerza.— Yo estoy más satisfecho cuando os contemplo superiores á mí, y mi espíritu, acercándose al infinito á través de vuestros coros armoniosos, comprende mejor la belleza de la obra de Dios. Yo necesito creer en vuestra existencia; sin ella el mundo sería para mí lo que es un cuadro sin perspectiva, un retrato sin expresión; lo que esta magnífica basilica si, arrancadas las columnas que sostienen sus ligeras bóvedas, como una tiara sobre la cabeza del pueblo cristiano, se sustituyesen éstas por un cielo raso.

(1) Est autem in summo rerum vertice id quod est, omnibus modis simplex et unum, scilicet, Deus. Non igitur possibile est quod immediate sub Deo collocetur corporalis substantia que est omnino composita et divisibilis: sed oportet ponere multa media, per que deveniantur á summa simplicitate divina ad corpoream multiplicatam: quorum mediorum aliqua sunt substantie incorporee corporibus non unita. (*Quest. Disput. de spirit. creat.*, art. 5.)

II

Señores: el mundo invisible existe; las tradiciones lo afirman, sus manifestaciones lo revelan, la razón lo descubre, lo reclama y fija el lugar que le corresponde entre las existencias creadas. Establecida esta primera verdad, se trata de conocer la naturaleza de los seres misteriosos que componen el mundo invisible: esto es, su esencia, sus facultades y el modo con que se ponen en relación con los demás seres. Escuchadme, ó, mejor dicho, escuchad á Santo Tomás, cuya única y admirable doctrina os quiero exponer ahora.

Los ángeles son, á la manera que Dios, espíritus puros sin mezcla de materia, por más sutil y etérea que se la suponga. Todas las figuras humanas, de viajeros, mensajeros, peregrinos, guerreros; todas las formas de los animales más extraños, de ruedas centellantes de abrasadas llamas, bajo las cuales son representados en la Escritura, se dirigen sólo á nuestros sentidos y á nuestra imaginación (1). Nuestra inteligencia no debe atribuirles á la esencia angélica, así como tampoco atribuye á la esencia divina los miembros y los actos exteriores, mencionados en los libros santos. Por lo demás, el correctivo sigue á continuación de las expresiones capaces de extraviarnos, y los ángeles son llamados por los autores sagrados «Virtudes de Dios y espíritus.» *Omnes sunt administratorii spiritus* (2).

No debe preocuparnos la opinión singular de algunos Santos Padres, que enseñan que los ángeles tienen cuerpos compuestos de no sé qué materia penetrable y penetrante, y sustentados de un maná celestial, llama-

(1) Corporales figure seu forme que internum Angelis attribuuntur per quamdam similitudinem sunt intelligende... sicut et de ipso Domino multa corporalia in Scripturis, per quamdam similitudinem, dicuntur. (S. Thom., opusc. viii, vel xv, *De substantiis separatis*, cap. xviii.)

(2) Hebr., cap. i.

mado en la Escritura el pan de los ángeles. Esta opinión no puede resistir á la fuerza de los razonamientos por los cuales hemos llegado á reconocer el mundo invisible; razonamientos que no pueden extenderse indefinidamente para hallar la perfecta asimilación de la criatura con el Criador. Pero además, señores, esta opinión está destruida por el magisterio de la Iglesia, que distingue claramente tres naturalezas en el mundo creado: la naturaleza espiritual ó angélica, la naturaleza corpórea, y la naturaleza mixta del hombre (1).

Los ángeles, reflejos vivísimos de la sustancia divina, son, pues, inteligencias y espíritus puros. La muerte que divide nuestro sér, y el tiempo que dispersa los elementos de nuestro cuerpo, no tienen parte en ellos; ninguna fuerza creada puede atentar contra su incorruptible esencia ni romper su unidad perfecta. Sólo Dios, por un acto soberano de su omnipotencia, podría aniquilarlos, si su decreto eterno no los hubiera hecho inmortales (2).

Son simples, sin embargo; no igualan todavía, ni igualarán jamás, la admirable simplicidad de Dios. Si no están compuestos de materia y forma, si su inteligencia posee las ideas infusas y si su voluntad está en acto desde el momento mismo de su existencia, no se hallan libres por eso de otra composición más sutil que se encuentra en todo espíritu creado. Su sustancia no se identifica con su acción, ni su virtud operativa con su esencia; su esencia no se identifica con su existencia; su sér lleva, mediante el accidente que determina su especie, el sello de la contingencia; mientras que en la Divinidad, sustancia, esencia, existencia, virtud operativa y operación, son una sola y una misma cosa, un solo y un mismo sér eterno y necesario. Dios es la misma simplicidad, tan propiamente llamada por Santo Tomás un acto puro (3).

Conocer es el primer acto de estos espíritus celes-

(1) Véase el texto del Concilio Lateranense citado más arriba.

(2) Cf. *Summa Theol.* I p., q. 50, arts. 1, 2 y 5; q. 51, art. 1.

(3) *Ibid.*, I p., q. 54, arts. 1, 2 y 3.

tiales. Su esencia no es bastante capaz para que puedan ver en ella todas las cosas, como Dios lo ve todo en la suya; no necesitan, empero, mendigar fuera de sí mismos las formas inteligibles que completan sucesivamente, y poco á poco, nuestra inteligencia sujeta al trabajo. El mismo acto que les da el sér, les da toda su perfección intelectual, y las ideas divinas penetran su naturaleza transparente, fijándose en ella é iluminándola desde los primeros albores de su existencia (1).

Se conocen á sí mismos, pero no por ese movimiento reflejo que sorprende las operaciones de una potencia para reducir las á su causa, sino por una intuición directa de su propia sustancia: son inteligibles al mismo tiempo que inteligentes. Basta que se contemplen á sí mismos para que, como en un espejo, puedan ver á Dios, principio de su perfección: ¡tanto es lo que se asemejan á El! No es la esencia divina la que así se les manifiesta, sino una imagen radiante, cual no la ven aquí nuestros ojos corporales ni nuestros sentidos internos. Todo lo que es espíritu, todo lo que es cuerpo, se manifiesta á su inteligencia mediante las razones eternas que el Verbo divino les ha infundido. Superiores á la materia, la contienen eminentemente, y la conocen en sí mismos por medio de un conocimiento simple é inmaterial, como su misma esencia (2).

La perfección de la voluntad iguala en los espíritus angélicos á la perfección de su entendimiento. Nosotros les atribuimos muchas veces nuestras acciones, para mejor comprender los actos de sus ministerios; pero esto, señores, es una ilusión de nuestra debilidad: los ángeles no experimentan la turbación y violencia

(1) Cf. *Summa Theol.*, I p., q. 55, arts. 1 y 2.

(2) D. Thom., I p., q. 58, arts. 1, 2, 3, 4 y 5.—Conforme con Santo Tomás, dice el matemático Duhamel, tratando de los métodos por los cuales se esfuerza el espíritu humano en llegar á la certeza: "Ser superior al hombre pueden no necesitar de estos rodeos y percibir inmediatamente todas las verdades con la misma evidencia. No necesitan de nuestros métodos, que no sirven sino para suplir la debilidad del espíritu humano." (*Des méthodes dans les sciences du raisonnement*, I p., cap. 1.)

de nuestros apetitos. «Cuando castigan, dice San Agustín, lo hacen sin cólera y únicamente por obedecer á la ley eterna de la justicia, que les ordena la ejecución del castigo; cuando se compadecen de la miseria y de la desgracia, lo hacen sin contristarse; cuando llevan el socorro á los amenazados de naufragio, lo hacen sin temor al peligro» (1). Su amor mismo, tanto el natural como el electivo, no les causa ninguna alteración. Aman el bien en Dios, en sí mismos, en sus hermanos, y en todas las criaturas, con un amor tranquilo y sabiamente ordenado: tranquilo y sabiamente ordenado como su amor, es el odio con que aborrecen el mal. Una voluntad semejante no puede conocer ni la perplejidad en sus designios, ni la inconstancia en sus resoluciones. Mientras que nosotros necesitamos de largas y penosas deliberaciones antes de decidirnos, la propiedad de los ángeles es no deliberar, sino fijarse instantáneamente y con un solo acto en el objeto de su elección. Dios les ha destinado, como á nosotros, una bienaventuranza infinita en la visión de su divina esencia, y para elevarlos á un fin tan grande les ha dado la gracia al mismo tiempo que les dió el sér. En un solo instante han dicho sí ó no, decidiendo así libremente, en un solo momento, de su suerte eterna. Ya nos ocuparemos en otra ocasión de este misterio; mas hoy no conviene apartarnos de la naturaleza de los ángeles (2).

Conocéis ya su esencia y sus facultades; pasemos á considerar sus relaciones. No digo sus determinadas funciones, sino sus relaciones, esto es, la manera con que se ponen en relación con los otros seres.

(1) Sancti angeli sine ira puniunt quos accipiunt eterna Dei lege puniendos; et miseris sine miseria compassione subveniunt, periclitantibus, et eis quos diligunt, absque timore optulantiur, et tamen istorum nomina passionum consuetudo locutiones humane etiam in eos usurpat, propter quamdam operum similitudinem, non propter affectionum inirmitatem. (S. August., cap. ix, *De civit. Dei.*)

(2) Cf. *Summa Theol.*, I p., q. 59, arts. 3 y 4; q. 60, art. 12; q. 62, arts. 2, 3, 4 y 5.

Poseen un lenguaje tan simple como su esencia, un lenguaje que les permite expresarse sin movimiento y sin ruido. Hablar en ellos es manifestarse: hablan con Dios para conocer su voluntad y obedecerla; contemplan su perfección divina, para admirarla. Hablan entre sí; los superiores, para mostrar a los inferiores su luminosa esencia, y los inferiores para pedir luz a los superiores. Podrían muy bien, por un acto de su libre voluntad, concentrarse en sí mismos y hacerse inaccesibles; pero el amor santo del orden establece entre ellos una misteriosa atracción, mucho más perfecta que la que constituye nuestro sistema planetario, porque entre ellos no son posibles las distancias. Hablan con los hombres fortificando secretamente su entendimiento, y persuadiendo su voluntad, que directamente no pueden mover; excitando sus pasiones generosas é hiriendo su imaginación y sus sentidos con brillantes apariciones.

No podemos ver con nuestros ojos corporales su purísima sustancia, ni en esta sustancia la verdad que desean manifestarnos. No obstante, ellos saben ponerse a nuestro alcance, obrando en un lugar determinado y sobre los cuerpos (1).

Obrar en un lugar es su manera de estar en él, y si no pueden igualar la inmensidad de Dios por la universalidad de su presencia, la imitan con la agilidad de sus movimientos. ¿No véis esos pájaros que hienan rápidamente los aires? Pues más veloces son los ángeles; más veloces que el sonido que nos viene desde lejos en las movibles ondas de la atmósfera; más veloces que el rayo que se desprende de las nubes; más veloces que la luz del sol, que recorre setenta y cinco mil leguas por segundo. En vuestra alma, señores, es donde podéis hallar un término de comparación: sólo el pensamiento puede daros una idea de la agilidad de los espíritus angélicos. El pensamiento suprime los intermedios y se traslada instantáneamente de un ex-

(1) Cf. *Summa Theol.*, I p., q. 106, arts. 1, 2 y 4; q. 107, arts. 1, 2, 3, 4 y 5; q. 101, arts. 1, 2, 3 y 4.

tremo á otro; así hacen los ángeles. El lugar no puede circunscribirlos ni medir su prodigiosa actividad (1).

Esta actividad la ejercen sobre la materia, no de la manera soberana que conviene sólo á Dios; pero ellos suplen las causas inferiores, mueven, trasladan, reúnen los elementos dispersos, componen con ellos los cuerpos sutiles de que se sirven para acercarse á nosotros, y auxiliarnos y hacernos oír la palabra del cielo (2).

Ved ahí á los ángeles, señores. Tienen todos la misma naturaleza; sin embargo, si consideráis atentamente su multitud innumerable, no tenéis que temer el desagradable espectáculo de la monotonía. Son tanto más variados, cuanto mayor es su simplicidad; porque no teniendo cantidad que pueda extenderse á muchos individuos y distinguirllos por su medida, cada uno de ellos, dice Santo Tomás, forma una especie. Pero en esta prodigiosa variedad, una gravitación supereminente establece, regula y mantiene la armonía sobre el modelo del ternario sagrado, de donde procede toda perfección. Las especies se distribuyen en coros, y los coros en jerarquías. Tres triplicados círculos inmateriales rodean la esfera del supremo Inteligible y llenan los abismos que lo separan de nuestra pequeña grandeza. De la misma manera que el mundo visible, el invisible tiene sus reinos, tres jerarquías en que se divide la luz y la acción. Imaginaos un ojo que viese todos los colores con todos sus matices en la luz del sol; otro que no viese los colores compuestos sino en los colores simples é irreducibles; otro que no viese los matices sino viendo cada color determinado en tal manera y en tal composición: he aquí, señores, los diversos grados del conocimiento angélico. La primera jerarquía ve las razones eternas de las cosas en la simple luz del Sér divino, conocido como principio natural; la segunda, en la luz múltiple de las causas universales; la tercera, en la determinación de estas

(1) Cf. *Summa Theol.*, I p., q. 52, arts. 1 y 2; q. 53, arts. 1, 2 y 3.

(2) *Ibid.*, I p., q. 101, arts. 2 y 3; q. 51, arts. 2 y 3.

causas á efectos particulares. En cuanto á la acción, los unos consideran el fin general de todas las cosas, los otros ordenan el movimiento, y los otros lo ejecutan. ¡Yo os saludo, Angeles santos, que tocáis los confines de nuestra naturaleza y hacéis sentir sobre todos los puntos de nuestro mundo visible vuestra acción invisible! ¡Yo os saludo, Arcángeles, que anunciáis los grandes acontecimientos y lleváis á cabo las misiones sublimes! ¡Yo os saludo Principados, que ordenáis la ejecución de los misterios sagrados! ¡Yo os saludo, Potestades, que definís los medios de poner por obra las leyes del gobierno divino! ¡Yo os saludo, Virtudes, que dáis la fuerza para obrar! ¡Yo os saludo, Dominaciones, cuya orden suprema designa lo que se debe hacer! ¡Yo os saludo, Tronos, que recibís las comunicaciones familiares del Rey de los reyes para transmitir las á los demás! ¡Yo os saludo, Querubines, cuya ciencia supereminente penetra los secretos divinos! ¡Yo os saludo, Serafines, que poseéis el divino amor en su más alto grado! He llegado á la más elevada cumbre de todos los mundos creados. ¡Gloria, pues, al Espíritu Santo, pronuncio ahora desde lo más alto de los cielos y tierra, adonde llegan los ardores de su santo amor! ¡Gloria al Verbo engendrado! ¡Gloria al Padre sin principio! ¡Gloria á mi Dios! A Vos me conducen siempre, por su semejanza, las perfecciones que contemplo en vuestras criaturas. ¡Qué arrobamiento para mi espíritu! ¡Qué gozo para mi corazón! ¡Bendito seáis para siempre! (1).

III

Quisiera, señores, dejaros sobre estas alturas empujadas; pero es preciso completar nuestro estudio, y para esto descender hasta nosotros, que somos el último término de las funciones angélicas.

El primer oficio de los espíritus celestiales es ado-

(1) Cf. *Summa Theol.*, I p., q. 108, arts. 1, 2, 3, 4, 5 y 6.

rar á Dios y obedecer todas sus órdenes. «He visto á los Serafines, dice el Profeta, que estaban de pie ante el sublime trono en que Jehová estaba sentado, y mirando unos á otros con el rostro velado, exclamaban: Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria» (1). Velaban su rostro por respeto al profundo misterio que celebraban en su cántico, y para mostrar que ellos, los puros por excelencia, se juzgaban indignos de una visión tan sublime. «¡Gloria á nuestro Dios! Gracias te damos, Señor, Dios Todopoderoso, que eres, y que eras y que has de venir, porque has recibido tu gran poderío, y has entrado en tu reino. Vuestras obras son grandes y admirables, vuestros caminos son justos y verdaderos ¡oh Rey de los siglos! ¿Quién no te temerá? ¿Quién no te alabaré y ensalzaré, porque solo Tú eres bueno? ¡Amén! Bendición, claridad, sabiduría, acción de gracias, honor, potestad, fortaleza á nuestro Dios por los siglos de los siglos. ¡Amén! Hé aquí lo que los ángeles prosternados cantan eternamente (2). Me equivoco, señores: las palabras que acabáis de oír no son sino una traducción muerta de lo que el alma arrojada de los bienaventurados escucha en el cielo; porque el más perfecto lenguaje de los hombres es incapaz de expresar los altos misterios que los ángeles dicen y tornan á decir, sin repetirse jamás. Cantan, pero sus cánticos no son, como los nuestros, una serie de sonidos que se enlazan formando armonía; es un magnífico sistema de ondulaciones silenciosas, más expresivas que todas las voces humanas. Número, ritmo, proporción de la unidad en la variedad, todo se encuentra allí. La oración, atravesando las especies, los coros y las jerarquías, se purifica, se ilumina, se perfecciona, hasta que su religioso incienso se hace más digno de la majestad del Altísimo, y su música sagrada se pone en relación más directa con la inenarrable armonía del Sér divino.

(1) Isal. vi, vers. 2 y 9.

(2) *Apoc.*, xi, 17; viii, 10 y 12.

Lo que esta oración expresa en más alto grado, más bien que la admiración, es una obediencia ciega. Los ángeles se consideran delante de Dios como hijos dispuestos siempre á cumplir, á la menor señal, las amorosas voluntades de un padre. El Salmista pinta enérgicamente esta perfecta sumisión de los espíritus celestiales, cuando nos muestra á Jehová sentado sobre los Querubines, y todos los escudrones de los poderosos en virtud, aplicando atentamente el oído para ejecutar sus órdenes. Son su virtud y sus ministros, y la bienaventuranza de que gozan no les hace olvidar un solo instante el estado de su perfecta obediencia (1).

Adoradores de la majestad de Dios é instrumentos dóciles de su voluntad, ejercen los ángeles, los unos para con los otros, oficios místicos que comunican á todos los coros del mundo invisible el soberano bien. Necesitaria de su lenguaje para decirnos cómo se celebran, en las jerarquías celestiales, aquellas fiestas sublimes, llamadas por San Dionisio misterios dedicados; cómo la virtud que purifica, el conocimiento que ilumina, y el amor que perfecciona, descienden centellantes é inflamados como torrentes de abrasadora luz, de los Serafines á los Querubines, de los Tronos á las Dominaciones, de las Dominaciones á las Virtudes, de las Virtudes á las Potestades, de las Potestades á los Principados, de los Principados á los Arcángeles, de los Arcángeles á los Angeles; cómo lo que procede de Dios vuelve á Dios por los mismos medios de purificación, de iluminación y de perfección; cómo, en fin, cada oficio se armoniza con el propio sér. Pero, confieso mi ignorancia y mi debilidad: dejo junto al trono de Dios á los asistentes de su soberana majestad, y me abstengo de preguntar á los ordenadores el secreto de su disposi-

(1) Ascendit super Cherubim, et volavit. (Psalm. xviii.) Benedicite Domino omnes angeli ejus: potentes virtute, facientes verbum illius; ad audiendum vocem sermonum ejus. Benedicite Domino omnes virtutes; ministri ejus qui facitis voluntatem ejus. (Psalm. cxi.)

ción; y hablaré sólo, ya que están más próximos á mí, de los ejecutores de las voluntades divinas, que son los más humildes de mis hermanos en el cielo (1).

Los ángeles, señores, dispensan al mundo sus saludables servicios; y el primero permanente y universal es el gobierno de la naturaleza entera. En virtud de su forma inmaterial, abstracta é inteligible, son, dice Santo Tomás, superiores á todos los seres corpóreos; y como en todo orden establecido el inferior está sujeto al superior, debemos creer que todos los cuerpos son regidos por los ángeles. Tal es la enseñanza de los santos Doctores y la opinión de los antiguos filósofos que admitieron la existencia de los espíritus (2).

En efecto: recorre la tradición católica, desde Bossuet, que llama á los ángeles *defensores y protectores del mundo, y motores de todas las partes del universo*, hasta el admirable San Dionisio, que ha descrito los ministerios angélicos; en todos los siglos oíréis testimonios en favor de esta creencia que nos dan á entender los libros santos, cuando nos muestran inclinados delante de Dios á los que sustentan el mundo (3). La ciencia astronómica de los primeros pueblos nos representa las estrellas del firmamento acompañadas cada una de su guarda respectivo; las anti-

(1) Cf. *Summa Theol.*, I, p., q. 106, art. 1, 2, 3 y 4.

(2) Tam in rebus humanis, quam in rebus naturalibus, hoc communiter invenitur, quod potestas particularis gubernatur, et regitur à potestate universalis. Sicut potestas validè gubernatur à potestate regis. Et in angelis etiam est dictum quod superiores angeli, qui presunt inferioribus, habent scientiam magis universalem. Manifestum est autem, quod virtus cujuslibet corporis est magis particularis, quam virtus spiritualis substantie. Nam omnis forma corporalis est forma individuata per materiam, et determinata ad hic et nunc: forme autem immateriales sunt absolute, et intelligibiles. Et ideo sicut inferiores angeli, qui habent formas minus universales, reguntur per superiores: ita omnia corporalia reguntur per angelos. Et hoc non solum à sanctis Doctoribus ponitur, sed etiam ab omnibus philosophis, qui incorporeas substantias posuerunt. (*Summa Theol.*, I, p., q. 110, art. 1.)

(3) Deus... sub quo curvantur, qui portant orbem. (Job., capítulo ix, 13.)

guas teologías nos hablan igualmente con respeto de los raddóforos ó lictores del sol y de las plantas. La filosofía antigua, como os decía al principio, no se ha olvidado de las almas de los astros ni de los rectores inmateriales de los orbes celestes. Si las naciones orientales se han postrado ante las estrellas del firmamento, no ha sido sino después de haber adorado á las inteligencias superiores, que una tradición respetable les mostraba como asociadas por el mismo Dios al gobierno del mundo (1).

«Nosotros hemos cambiado todo esto, me decís. Los espíritus celestiales se han convertido en leyes inmutables, cuya aplicación determinamos con una exactitud matemática. Sólo los niños y los poetas sueñan que los ángeles vuelan á través de los espacios.»

¿Estáis, señores, bien seguros de ello? Vuestras leyes ¿son más que palabras que ponéis en lugar de las cosas? ¿Ignoráis que Newton se indignó cuando su discípulo Forbes quiso hacerle decir que la atracción era la causa de los movimientos celestes? ¿Desconocéis acaso esta notable confesión de Herschel: «Estudiando los fenómenos de la atracción, ¿no nos convencemos á cada instante de la existencia de causas que no obran sino bajo un velo que nos oculta su acción directa?» (2) ¿No veis cómo el movimiento circular del mundo protesta contra la gravitación, y pide ser ex-

(1) En el cielo, y lo más próximo posible á Dios, es donde se encuentra, en alguna manera, el origen del culto de los falsos dioses. Cuando la noción de un Dios supremo, inmaterial, infinito, se había como borrado de la inteligencia humana, ofuscada por los sentidos, el hombre adoró desde luego las inteligencias superiores que la tradición le mostraba, asociadas por el mismo Dios al gobierno de este mundo. El sabeísmo espiritual fué probablemente la primera forma de la idolatría; después la razón del hombre, debilitándose cada día más y más, y no pudiendo concebir sino lo material, adoró á los astros, en lugar de los espíritus á quienes se puede atribuir el orden maravilloso de las esferas celestes y el movimiento de los astros. De donde resultó el sabeísmo grosero. (Mons. De Salinis: *Conferencia d'Amiens*, en 1851.)

(2) *Musée des sciences*. Agosto de 1856.

plicado por una causa independiente? ¿Os fijáis tan poco en el sentido natural de las palabras, que confundáis las leyes, que son las reglas de los agentes, con los agentes mismos? Yo no niego vuestras leyes de atracción, afinidades, acción de los fluidos, cuadrado de las distancias: combinad todo esto como os agrade; jamás podréis dispensaros de una fuerza motriz, cualquiera exista un movimiento; jamás esta fuerza motriz podrá ser la materia, indiferente por naturaleza al movimiento. Hace dos años os he probado que la fuerza motriz del universo debe ser simple, inteligente, espíritu; de otra suerte caéis con todas vuestras leyes, en el sabeísmo grosero de los antiguos.

«Sea así, me diréis aún; admitimos la existencia de una fuerza simple é inteligente, pero no queremos más que una; nos basta Dios.» Comprendo esto, señores, si no hay ángeles; pero si la existencia de estos espíritus celestiales es un hecho probado, no veo por qué Dios había de privarse de la cooperación de ellos en el gobierno de las cosas. Aunque pudiese hacerlo todo por sí mismo, un Rey no se rebaja por asociar á su gobierno hombres de talento cuyo desinterés le es conocido. El ejercicio de las leyes en un Estado no es menos activo y seguro porque aquellos que las han seriamente estudiado, velen sin cesar por su ejecución. Una sociedad no es menos morigerada, porque las clases elevadas ejerzan en ella una legítima influencia. Igualmente, señores, la causa primera no es menos grande y poderosa porque obre en el mundo mediante causas secundas, ejecutoras de su voluntad. Las leyes de la naturaleza no son menos perfectas y activas porque Dios las haya como encarnado, desde el origen de los tiempos, en los espíritus superiores, encargados de su inteligente y fiel ejecución. El universo, obra del Artista supremo, no es menos bello porque todas sus partes estén admirablemente ligadas por la acción jerárquica de las causas inmateriales (1).

(1) *Mihi videtur quod demonstrative probari potest, quod ab aliquo intellectu corpora caelestia moveantur, vel à Deo imme-*

Contentaos, si os place, con no ver en los espacios más que una inmensa máquina en que estudiáis y admiráis encadenamientos mecánicos; yo, respetando los descubrimientos y los cálculos de la ciencia, quiero elevarme más arriba, y unir en mi pensamiento el mundo visible é invisible. Yo concibo mejor el movimiento vertiginoso de los astros cuando los considero movidos por los espíritus, y comprendo mejor cómo ellos responden al Dios que los llama: «Hémos aquí,» suponiéndolos gobernados por los ángeles, que toman á su cargo la responsabilidad de sus movimientos, y veo mejor la armonía de las esferas, buscando el misterioso enlace de las fuerzas vivientes. En fin, no desespere descubrir en los orbes materiales la imagen numéricamente exacta de los orbes espirituales que forman coro ante la invisible majestad de Dios.

Pero dejemos la inmensidad y volvamos á nuestro humilde globo; que no es la opinión, sino la fe, la que á él nos llama. Aquí, señores, los oficios de los ángeles no son ya discutibles, pues tienen su historia y su dogma. El breve cuadro de las manifestaciones que he presentado á vuestra vista, nos obliga á creer que Dios envía de cuando en cuando sus ángeles para anunciar á los hombres los misterios de lo porvenir, intimarles sus órdenes, hacerles promesas, amenazas ó reprensiones, castigar á los culpables, probar á los fuertes, proteger á los débiles, consolar á los desgraciados, rechazar á los espíritus malignos, libertar á los oprimidos y ejercer, en fin, de una manera brillante los oficios de justicia y misericordia.

Esta acción intermitente de los espíritus celestiales no es sino una manifestación más brillante de otra acción constante, la de los ángeles de la guarda, cuyos oficios consisten en establecer, sin nosotros advertirlo,

diate, vel mediantibus angelis; sed quod mediantibus angelis ea moveat magis congruit rerum ordini, quem Dionysius infallibilem asserit, ut inferiora à Deo per media secundum cursum communem administrantur. (Opusc. xi, *Respons. ad Lect. Venet. de art. 36, art. 2.*)

relaciones permanentes entre el cielo y la tierra, en aproximar los espíritus inferiores por atractivos simpáticos y presentimientos misteriosos, y preparar, por medio de santas inspiraciones, las almas que les están confiadas á la última y gloriosa transformación que debe hacerlas semejantes á ellos. Un alma vale más que un mundo á los ojos de Dios, y por esto su Providencia destina á cada una un espíritu vigilante y protector (1). Nadie está privado de este amigo invisible (2) que, según las enérgicas frases de la Escritura, «no se duerme jamás en su puesto, nos protege en todos nuestros caminos, nos lleva en sus manos para que no tropiecen nuestros pies, y aparta la saeta arrojada contra nosotros en el día, y la malicia que nos rodea en las tinieblas» (3). Nos ha recibido de las manos de Dios, desde el día de nuestro nacimiento, y podemos estar bien seguros de su fiel compaña (4).

Que los amigos de este mundo, cansados de nuestras faltas ó de nuestros infortunios, se aparten lejos de nosotros; que la muerte desapiadada nos arrebate, uno en pos de otro, á los que amamos: el ángel del Señor no se apartará de nuestro lado. En la aflicción nos consuela, en el peligro nos avisa, en la lucha nos protege, en la duda nos aconseja, y después de nuestra culpa nos reprende.

Conoce muy bien la admirable pureza de Dios, por estar siempre en su presencia y sentirse penetrado de su mirada divina; y sabe perfectamente que nada impuro puede sostener el brillo de su rostro adorable, que no puede sufrir la menor mancha de nuestra alma, y por eso nos mueve á llorar nuestras culpas: es decir, nos purifica.

(1) Cf. *Summa Theol.*, I p., q. 113, arts. 1 y 2.

(2) *Ibid.*, art. 4.

(3) *Neque dormitet qui custodit te. (Psalm. cxx).—Angelus suis mandavit de te, ut custodiant te in omnibus viis tuis. In manibus portabunt te, ne forte offendas ad lapidem pedem tuum... A sagitta volante in die, á negotio perambulante in tenebris. (Psalm. xc.)*

(4) Cf. *Summa Theol.*, I p., q. 113, art. 5.

Nacido en las regiones de la luz, donde la verdad se comunica sin sombra, está siempre dispuesto á descorrer el velo que nos la oculta; nos acostumbra á sostener, por medio de la fe, el resplandor de las revelaciones que preparan la visión eterna, y según Dios se lo permite, nos comunica sus santas inspiraciones: es decir, nos ilumina (1).

Gozando de la plenitud de su sér, querría ver llenados los vacíos de nuestra naturaleza; y porque nuestra gloria corresponderá á nuestras virtudes; nos inspira el amor á santas costumbres que resplandezcan en todas nuestras acciones y nos encaminen seguramente á nuestro último fin, la bienaventuranza; es decir, nos perfecciona.

¡Oh cuán bueno, cuán precioso y cuán fiel es el amigo que Dios nos ha dado! Por más que le contristemos con nuestra indiferencia, y con nuestro desprecio le condenemos á la inacción y al silencio, no nos abandona nunca (2). Una sola cosa puede separarle de nosotros: el último grito de nuestra impenitencia. ¡Plegue á Dios que jamás lo oiga de nuestros labios! ¡Ojalá que su santa compañía nos conduzca, después de los últimos combates de la vida, á los coros celestiales, en que; ángeles también nosotros, tomaremos con ellos asiento en la bienaventuranza! (3). ¡Oh ángeles santos de mi Dios! He concluido de cantar vuestras alabanzas: permitidme que os dirija una súplica antes de dejar esta asamblea. Paréceme que os veo inclinados sobre cada uno de los que me escuchan. ¡Guardas de los hombres, acordaos que yo los amo, y que si yo fuese ángel como vosotros, ni uno solo saldría de aquí sin haber recibido una prenda de mi afecto! Vosotros conocéis aquellos cuyo espíritu atormentado lucha con las tinieblas de la duda y llama en su ayuda los socorros de la verdad; iluminadlos: á los que por unos

(1) Cf. *Summa Theol.*, q. 111, art. 1.

(2) *Ibid.*, I p., q. 118, art. 6.

(3) *Ibid.*, I p., q. 168, art. 8.

pensamientos tímidos y miradas inciertas se inclinan al partido del error, enderezadlos; á los que, cobardés de corazón, ceden fácilmente á las seducciones del mundo y á la violencia de las pasiones, fortalecedlos; á los que no aguardan sino una palabra, una señal misteriosa de la gracia para volver á Dios, esforzados; á los que con una fe robusta combaten, contra ese torrente de incredulidad que pervierte tantas almas, sostenedlos; á los que con magnánima esperanza se elevan por sobre todas las tribulaciones, afirmados; á los que por su caridad están dispuestos para toda obra buena, perfeccionados. Celebrad en este día, con vuestros hermanos de la tierra, los difíciles misterios, y comunicad á todos lo que vosotros mismos habéis recibido de vuestros hermanos superiores en belleza, la virtud, la luz y la perfección.

Otra plegaria más ¡oh santos y amables compañeros de nuestra vida! Los mismos libros que nos enseñan que sois nuestros guías, nos enseñan también que hay ángeles de guarda para los pueblos, reyes, capitanes, abogados invisibles, que gobiernan, combaten, defienden, ante el trono de la justicia y de la misericordia, la causa de las naciones, sin que por esto se opongan ni contradigan los decretos eternos de la Providencia (1). Vosotros sabéis dónde está aquel de vuestros hermanos que ha recibido la noble misión de proteger á Francia; aquél á quien nuestras infidelidades y nuestros crímenes públicos han contristado; aquél que nos ha rehusado en los combates últimos el apoyo de su brazo fiel, al que somos deudores de tantas otras victorias. Venid á buscarlo junto á nosotros y decidle que adoramos la justicia de Dios en nuestras humillaciones y en nuestras desgracias; que nos arrepentimos de nuestras faltas, que nos avergonzamos de haberle ultrajado con paganas invocaciones á la fortuna y á la estrella de Francia; que, atemorizados en presencia de lo porvenir, esperamos con agonía el fin

(1) Cf. *Summa Theol.*, I p., q. 119, art. 8.

de su duelo, y el día bendito en que, levantados por medio de su protección, y acaudillados por él, podamos decir á los pueblos que nos creen borrados del globo:

«No más compasión insolente, no más orgullosos desprecios, no más vejaciones tiránicas: porque aquí está el ángel de Francia!»

CONFERENCIA XVI

LA NATURALEZA DEL HOMBRE

EMMO. SEÑOR, SEÑORES:

Entre la tierra y el cielo, entre la materia y el espíritu, entre los reinos ascendentes del mundo inferior y las jerarquías progresivas del mundo superior, se nos presenta un sér que es á la vez especie, género, familia y reino; que resume en su naturaleza todas las perfecciones de las criaturas corporales, y comienza la perfección de las enteramente espirituales; anillo misterioso y sublime cuya ausencia haría de los seres creados una cadena sin enlace, una obra mutilada, indigna de la sabiduría del Criador. Ya sabéis que este es el hombre. El es á quien debemos estudiar ahora. Su naturaleza, su belleza, su perfección y su participación de la vida divina, serán el objeto de las conferencias que nos restan en este año.

Y en cuanto á lo primero, ¿cuál es la naturaleza del hombre? La filosofía lo define «un animal racional,» y con más elegancia, pero acaso con menos exactitud, «una inteligencia servida por órganos.» Estas dos definiciones resumen la enseñanza católica, relativa al origen del género humano. «Dios, nos dice la Escritura, formó el cuerpo del hombre del cieno de la tierra.» *Formavit igitur Dominus Deus hominem de limo terræ.* Inspiró en su frente el espíritu de vida, *et inspiravit in*